

SUAREZ MODESTA. *Espacio pictórico y espacio poético en la obra de Blanca Varela*. Madrid, Editorial Verbum, 2003. 244 pp.

En un texto que comenta la poesía de Enrique Banchs, Borges nos recuerda la creencia entre los antiguos de que los poetas eran azarosos huéspedes de una dios cuyo fuego creador los visitaba, cuya voz habitaba su boca y guiaba puntualmente su escritura. De ahí que todo acto poético empezaba por una inexorable invocación a la divinidad, signo quizás de terror o gratitud.

En la antípoda de ese mágico ritual, se instala la poesía de Blanca Varela, íntima, carnal, corporal, visceral, revestida de esa otra magia que es la poesía de lo terrenal y esencialmente humano. Poesía de una feroz densidad de los silencios y las palabras que la constituyen. Poesía de fastuosa y sobrecogedora imaginación.

Blanca Varela (1926) es, sin duda alguna, la voz femenina más importante de la poesía peruana. Frente a la actitud habitual de los miembros de su generación –Sologuren, Eielson, Salazar Bondy–, Varela incursiona tardíamente en el ámbito de los poetas éditos. Lo hace recién en 1959, cuando publica *Ese puerto existe*, con un bellissimo prólogo de Octavio Paz, cuyas palabras son citadas en la contra carátula del libro objeto de esta reseña. Desde entonces hasta la fecha, el reconocimiento de su poesía ha ido creciendo paralelamente

al conjunto de textos críticos que la han abordado. En ese conjunto, destaca sobremanera el libro que Modesta Suárez acaba de dar a conocer: *Espacio pictórico y espacio poético en la obra de Blanca Varela*.

Modesta Suárez (1961) ejerce la docencia y la crítica literaria desde hace muchos años. Sus intereses la han llevado a penetrar la obra de varios autores latinoamericanos —Dulce María Loynaz, Vicente Huidobro, Fina García Marruz—, con especial énfasis en la literatura peruana —trabajos sobre Scorza, Moro y la poesía femenina— que ha estudiado con entusiasmo y generosidad. Después de haber abordado algunos aspectos de la poesía de Varela, acomete la esforzada tarea de estudiarla íntegramente con un resultado excepcional.

Este libro tiene esencialmente cuatro méritos. Por un lado, es el primer trabajo sistemático sobre toda la poesía de Blanca Varela; en segundo lugar, a pesar de que el título podría llevarnos al equívoco de pensar que se trata del estudio de un aspecto de esa poesía, Suárez estudia muchos de sus rasgos desde distintas, sorprendentes y complementarias perspectivas; en tercer lugar, lee atentamente a los críticos de la obra de Varela y, con lucidez y sobriedad, enfatiza algún aspecto, discute otro y, desde su particular orilla, propone lecturas sugerentes.

Finalmente, propone un valiosísimo glosario —punto de partida para otros “asaltos” a la poesía de Varela— que permite precisar los usos y las frecuencias de las palabras, y su presencia en cada poemario y en el conjunto de la obra. Me queda un mérito por destacar, acaso el más importante: subyace a este trabajo un minucioso talento, y una sensibilidad y un tal rigor que se corresponden fielmente con aquellos habituales en la poesía que estudia.

El ensayo de Suárez parte del supuesto de que en la poesía de Varela, la pintura y los ámbitos que convoca contribuyen sobremanera en la construcción del poema y en los modos en que éste es leído; es decir, asume que “la

*constitución de una memoria visual acompaña al largo proceso de escritura y establece pautas a partir de las que se construye el espacio del poema*". Espacio pictórico y espacio poético tienen, de este modo, un vínculo tan sólido y perdurable que puede sostener el preciso andamiaje de la poesía de Varela.

Esta intuición guía sus pasos y sus hallazgos que comparte con nosotros en una introducción y cinco capítulos. En la introducción, presenta de un modo general la poesía de Blanca Varela, propone la hipótesis y la metodología que subyace a su trabajo, presenta algunos episodios biográficos que muestran la filiación de Varela y los surrealistas, y describe el contexto generacional en que aparece la poética en cuestión.

En el primer capítulo *—En torno al ekphrasis y la arquitectura—*, Suárez analiza tres poemas emblemáticos de Varela *—“Madonna”, “Valses” y “Tàpies”*— como un primer paso para comprender cómo su poesía puede convocar de un modo más o menos implícito las referencias pictóricas y arquitectónicas. En el segundo capítulo *—Poner a pensar la mirada—*, explica cómo, al pasar por la pintura y la poesía, se superan las carencias del acto de mirar y de lo visible para internarse en lo invisible, lo que no implica necesariamente *—como lo señala Merleau-Ponty—* una paradoja.

El tercer capítulo *—Los territorios de la “mirada interior”—*, está consagrado a mostrar la presencia del mundo de los sueños en la poesía de Varela, y cómo lo onírico se erige en espacio de escenificación y en importante clave de lectura. Analiza también el lugar fundamental del poema en prosa al interior de esa poética, y el descentramiento como eje y horizonte de la voz que habla en esos poemas.

El cuarto capítulo *—La letra carnal—*, se centra en el espacio del cuerpo como espacio de proyección, recepción y vínculo con el mundo, y la deseada disolución de las fronteras *—entrevista ya desde el mundo de los sueños—*. El lector se fusiona amablemente con la materia corporal y poética, y

—simultáneamente— dirige al corazón del poema sus cuestiones metafísicas.

El último capítulo —*Una poética del “dislocamiento”*—, ensaya una respuesta al neologismo introducido por Blanca Varela: dislocamiento. Desde la perspectiva de Suárez, este término parece sugerir “*una dislocación y algo de locura, de enajenamiento. Señala la palabra ante todo una fractura en el espacio identitario, vivido como espacio desmembrado y desestructurado*”. Esto explicaría, continua Suárez, los rasgos particulares que caracterizan a la poesía hispanoamericana en relación con la española. Por otro lado, ese dislocamiento en la poesía de Varela se vincula con la inclusión de citas dentro de los poemas, con las prácticas poéticas del fragmento y la serie, y con una extraña desmesura, que Suárez ejemplifica bien.

Modesta Suárez termina persuadiéndonos —si alguna duda teníamos al respecto— de que la poesía de Blanca Varela es una de las más personales de la segunda mitad del siglo XX. Desde su filiación surrealista y desde su entretejido onírico y pictórico, exhibe una extraordinaria riqueza de recursos e imágenes. Su producción relativamente breve se compensa largamente con su vasta variedad temática y formal. Cada poema es un rostro distinto, una voz novedosa alisada para sorprendernos y conmovernos.

Suárez demuestra con creces cómo esa poesía ha sido una apuesta por lo esencial, lo auténtico, y el preciso control de recursos y palabras —que no se contraponen en absoluto con las “desmesuras” explicadas—, y cómo su insobornable búsqueda la ha hecho huir de las trampas de la retórica y del lenguaje, y la ha aproximado a una poesía pura, acendrada, genuina expresión de su particular visión del mundo, del arte, de la poesía, de la vida, del hombre. Poesía singular que cubre como ardorosa piel un singular sentido estético.

La información que maneja Modesta Suárez es tan estimulante como abrumadora. Su bibliografía incorpora

prácticamente todo lo que se ha escrito sobre Blanca Varela —incluidas entrevistas éditas e inéditas—; incluye también estudios sobre poesía, literatura, espacio, pintura, arquitectura, teoría del arte, teoría literaria y estética en general. Por todos esos dominios, Suárez se mueve con una envidiable naturalidad.

Estas son algunas de las razones que justifican el entusiasmo por la aparición del libro de Modesta Suárez y el significativo lugar en el que lo hemos colocado.

*Luis Fernando Jara*